

pero carente de sentido, porque lo enriquecedor no es la vida real y cotidiana, sino los mitos capaces de elevar nuestro espíritu en un sentimiento bello. Gillibert convierte a Calixto y Melibea en dos psicópatas neuróticos y sexualmente frustrados que viven una obsesión enfermiza que nada tiene que ver con el sentimiento amoroso.

Los demás personajes, los criados, Sempronio, Parmeno y Lucrecia; las «hijas» de Celestina, Elicia y Areusa, ricos ejemplares del costumbrismo de una época, quedan convertidos en personajes planos absolutamente, vulgares y descaracterizados, sin el menor interés literario ni humano. La escenografía, compuesta por tres elementos metálicos esculturales utilizables en dos niveles y que componen el espacio de Calixto, Celestina y Melibea, escultóricamente bellos fuera de la representación escénica, van convirtiéndose a lo largo de las interminables cuatro horas de representación en elementos rígidos e inmóviles que pesan sobre nosotros.

Gillibert incluye además, aumentando el confusionismo de su montaje, un personaje de corte brechtiano representado por él mismo, que vestido con un traje negro de nuestra época, y convertido al fin de la pieza en el padre de Melibea, «explica» didácticamente la obra, enfatizando aún más su incoherencia.

Esta nos viviendo una época de cambio en el sistema de valores, y nuestro momento patentiza la escasa utilidad del antiguo sistema, pero no revela con suficiente claridad los nuevos valores sobre los que apoyarnos. Esta crisis de valores, en la que la contracultura apunta nuevas soluciones que no consigue imponer todavía de modo universal, se refleja en todo el arte producido en nuestros días. Es por ello que —incapaz de crear nuevos mitos— la literatura busca en los mitos clásicos fuente de iluminación, pero, si buscamos en los clásicos, busquemos en lo que son y quisieron ser, y no les unamos a nuestro confusionismo quitándoles sus valores sin dárselos nuevos. Si el arte busca el mito de Edipo debe buscarlo en Sófocles, no en Freud. La representación en Colliure de «La Celestina», magistralmente

interpretada por María Casares, me dio la sensación de la plasmación del callejón de difícil salida en que se encuentra el teatro actual que todavía se aferra a la tradición clásica. Necesitamos nuevos mitos y necesitamos, sobre todo, que el teatro vuelva a ser celebración colectiva, participación y rito, un teatro ritual en el que grandes actuaciones, como la de María Casares, adquirirían un nuevo significado, como «shamanes» capaces de transmitirnos su magia y energía psíquica y de hacernos sentir, que no comprender, el arte, elevando nuestro estado de consciencia y de percepción, haciéndonos sentir exaltados, que no aburridos, al final de una celebración teatral. Mientras tanto, seguiremos en nuestra época de confusión en la que, como dice Peter Brook:

«No sabemos cómo celebrar, porque no sabemos qué celebrar». ■ **MARIA JOSE RAGUE ARIAS.**

CANCION

«Libertad con burbujas»

El último «slogan» televisivo de una «refrescante bebida con burbujas» incluía una inspirada y breve canción, cuyas palabras, más que invitar al consumo del producto, se extendían en diversas consideraciones sobre la «senda del amor y de la paz», abstracciones que hace no demasiado tiempo hubieran resultado inauditas para una mentalidad publicitaria, pero que hoy día, dentro del contexto de las generalizaciones, constituyen un eficaz mensaje para las jóvenes generaciones. Totalmente despojadas de un significado concreto, «amor, paz, libertad, Humanidad» son palabras que vienen a remozar el anticuado lenguaje de las canciones, y cualquiera puede permitirse



Miguel Ríos

el lujo de ser trascendente, de decir cosas importantes, incluso jugar a rebelde dentro de los estrechos márgenes de lo permisible. La ambigüedad de la metafísica «hippy» se ha convertido en ejemplar fuente de dividas, y sus «slogans» hoy venden una amplia gama de productos en todo el mundo; el hecho puede resultar paradójico para el que no recuerde cuál es el gigantesco mecanismo de absorción capaz de engullir sin problemas de digestión cualquier corriente de rebeldía y transformarla, con el transcurso del tiempo, en negocio rentable, sobre todo cuando los rebeldes, «hippies» en este caso, divagan por las ramas de la evasión, de la mística y del subjetivismo. El sistema, y el juego de las generalizaciones se convierte aquí en inevitable, ha jugado incluso con la imagen del «Che» —posters, medallas, repetidas imágenes plastificadas de la rebeldía—; ha presentado al guerrillero como héroe solitario e individual, despreciando, por supuesto, toda relación con el fenómeno que representa, prefabricando un ídolo de cartón-piedra dispuesto a dejarse llevar a esa extravagante galería de mitos donde caben figuras tan dispuestas como Buda, Marx, Jesucristo, el «Che», los Beatles, Bogart y la LSD.

El fenómeno a la española goza, por supuesto, de características propias; el mecanismo asimilatorio tiene todavía algunas imperfec-

ciones en su proceso digestivo, y de vez en cuando surge el «rechazo» de alguna sustancia que puede resultar nociva; sin embargo, dentro de la canción se marcha a pasos agigantados hacia una «trascendentalización» que entraña la aparición de un lenguaje diferente, reconstruido primariamente con retazos de importación. Hasta los más conspicuos representantes de la canción «comercial» pueden, en cualquier momento, sentirse tocados por el nuevo estilo, convertirse de la noche a la mañana en profetas del «amor, paz, libertad» o descubrir en el fondo de sus corazones la llamada de la mística en plexíglás del «Jesuchrist Superstar».

Quizá un pionero en este terreno sea el granadino Miguel Ríos, cuya americanización adquiere ribetes de auténtico mimetismo. En sus recitales, Miguel invita al público a liberarse (?), proyecta diapositivas sobre Bangla Desh y, en ocasiones, vestido con barras y estrellas hace el signo de la «V» con sus dedos y entona largas peroratas, en las que aparecen los «slogans» de rigor, «slogans» que repiten los «jingles» publicitarios, llamadas de sirena a la «nueva juventud», que encuentra insólitas etiquetas en sus productos de consumo más corrientes, etiquetas que pueden acabar conduciendo a muchos al más inimaginable de los caos si en algún momento sienten

la equívoca tentación de conotar estas bonitas palabras, estos seductores «slogans» con sus oportunos significados, rompiendo el encanto de este divertido juego de espejos deformantes. ■ **RAMÓN ALPUENTE.**

ARTE

Estos días, fuertemente veraniegos aún, son días en blanco para el arte de Madrid. Ya estoy de nuevo en la ciudad y, como ocurre todos los años por estas fechas, no hay nada, no hay nadie... Si uno se encuentra con alguien, la conversación deriva siempre hacia el mismo tema: Manolo Millares. La muerte de Manolo nos ha dejado a todos ensombrecidos. El otro día, cuando estuve en Santillana, no quise pasar por Santander. Si hubiese pasado por allí, seguramente habría visto la exposición de dibujos que, organizada por la Institución Cultural Cantabria, tiene expuesta aquella Diputación. En ella se han dado dos premios de dibujo que llevan los nombres de dos grandes artistas santanderinos: el Premio Pancho Cossío, que se le ha concedido a Luis Saez, y el Premio María Blanchard, que se le concedió al barcelonés Alfonso Costa Beiro. Al segundo no le conozco, y, como tampoco vi la exposición ni su dibujo, mal puedo comentar su obra. Al primero, a Luis Saez, sí que le conozco. Por eso pienso que vale la pena hacer un comentario sobre el premio que se le ha atribuido.

Luis Saez, Premio Pancho Cossío, en Santander

Luis Saez es un burgalés que vive en Burgos, aun